

# El acervo patrimonial de la Biblioteca José María Lafragua en la era virtual

Adela Pineda Franco, profesora y directora del Instituto de Estudios Latinoamericanos  
Teresa Lozano Long, de la Universidad de Texas en Austin

*No amo mi patria.  
Su fulgor abstracto  
es inasible.  
Pero (aunque suene mal)  
daría la vida  
por diez lugares suyos,  
cierta gente,  
puertos, bosques de pinos,  
fortalezas,  
una ciudad deshecha,  
gris, monstruosa,  
varias figuras de su historia,  
montañas y tres o cuatro ríos.*

*José Emilio Pacheco*

En su clásico libro *All that is Solid Melts into the Air. The Experience of Modernity* (1982),<sup>1</sup> Marshall Berman atinó al describir la modernidad con una frase célebre de Marx: “Todo lo sólido se desvanece en el aire.” Concretamente, se refería a la vorágine de constante destrucción y renovación suscitada por la aceleración de la realidad social. Sin embargo, cuando Berman publicó ese libro, aún no vislumbrábamos el significado profundo de la frase de Marx en el contexto del ciberespacio en que ahora nos desenvolvemos, y que ha transformado la manera en que percibimos y adquirimos conocimiento.

El exceso de información que deviene obsoleta en cosa de minutos exige que abandonemos la lectura pausada, y que optemos por el escaneo rápido y eficiente. La innovación constante de plataformas virtuales y de nuevos medios de procesamiento de datos nos recuerda que la imprenta, fundamento esencial de la cultura letrada de la modernidad, se torna objeto museográfico, reliquia de otra era.

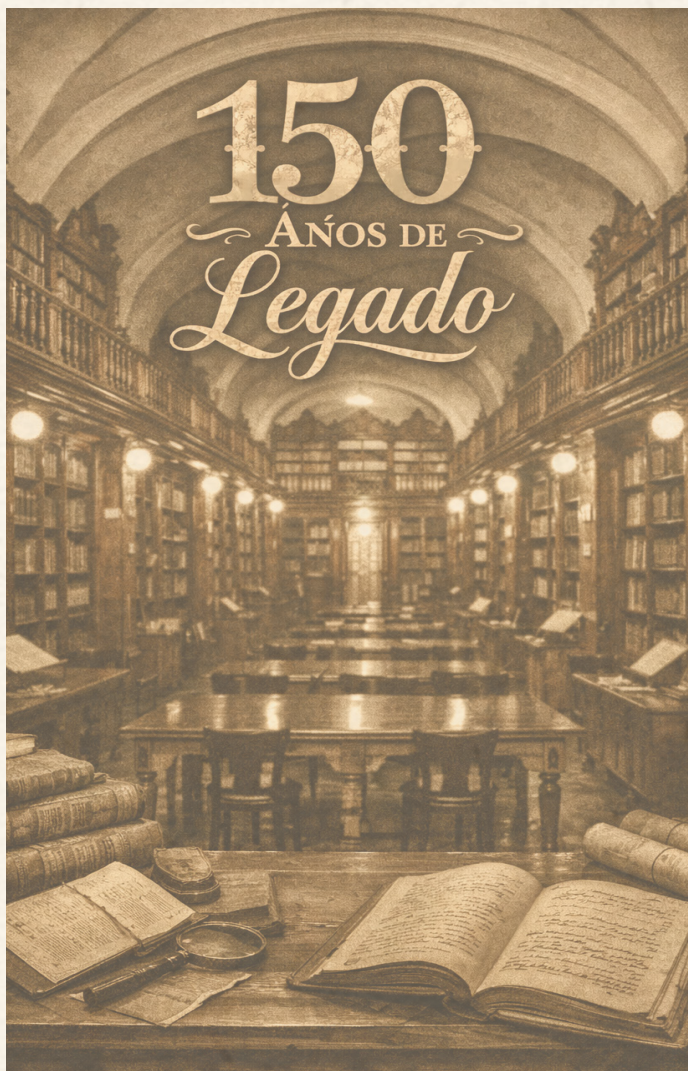


<sup>1</sup> Traducido al español como *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad* (Siglo XXI, 1988)

En este contexto, me gustaría reflexionar sobre la importancia de la Biblioteca Histórica José María Lafragua de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (BUAP) con una pregunta esencial: ¿qué significa en la era virtual el acervo patrimonial?

La noción de patrimonio supone un legado, algo que recibimos de la familia o del pasado y que es digno de preservarse. Pero ¿qué dicta el valor del patrimonio? En un sentido afectivo, pero también desde el punto de vista de la preservación documental, es imposible medir el valor de lo que heredamos de la misma manera en que se contabilizan los bienes de una empresa, susceptibles a estimación pecuniaria. Por ende, el acervo patrimonial de una nación tiene algo del fulgor abstracto e inasible de la Patria. No obstante, habría que pensar que los legados siempre están cargados de tiempo y el tiempo no sólo empolva, también le da hondura a lo que vive, y lo que vive afecta y dimensiona el conocimiento.

Pensemos entonces cómo Lafragua, una biblioteca vinculada a la magna Casa de Estudios del estado de Puebla, adquiere una dimensión de tiempo y afecto: la intersección entre el funcionamiento de una institución académica a lo largo de los siglos y las vidas singulares de las personas que atravesaron sus salones de clase, sus laboratorios y sus bibliotecas, y que, de alguna u otra manera, contribuyeron a la producción y diseminación de conocimiento.



Sin duda, la historia de Lafragua es extensa. Se trata de una biblioteca que se forja tempranamente, con la fundación de los Colegios jesuitas en el siglo XVI, y que se desarrolla a lo largo del atribulado siglo XIX como institución laica y pública, para consolidarse en el siglo XX como biblioteca del Colegio del Estado y, más tarde, como biblioteca de la Universidad de Puebla.

Celebro su larga vida: 150 años de dar servicio como biblioteca pública y 140 años de haber sido nombrada en honor a su acérrimo benefactor, José María Lafragua.

Pienso en una persona que cruzó las aulas de dicha universidad, primero como estudiante a mediados de los años cuarenta del siglo XX, y luego como profesora durante más de veinte años. Aquellos fueron tiempos de desarrollo industrial y repliegue conservador, de caciquismo político y corrupción, de movimientos sociales y avance científico, de división ideológica entre FUAS y Carolinos en el horizonte de la Guerra Fría, y también de lucha constante en pro de la autonomía universitaria.

Un artículo respecto a la historia del desarrollo de la facultad de Ciencias Químicas en Puebla durante los siglos XIX y XX reproduce una vieja foto; ahí veo el rostro borroso de esa persona.<sup>2</sup>

Está fechada en 1945, y tiene un prólogo en el que ella establece la estrecha relación entre las ciencias médicas y químicas: la necesidad de conocer la fisiología y anatomía del hígado para desarrollar una prueba química científicamente confiable en el diagnóstico de enfermedades hepáticas. Pienso en las mujeres que, como mi madre, se despertaban consuetudinariamente muy de mañana para llegar al edificio Carolino. Con esmerado empeño, cultivaban su inteligencia, trabajando duro para ganarse el respeto profesional en un ámbito mayoritariamente masculino.

La vida frágil de mi madre se pierde en el recuerdo de esas aulas universitarias donde dictó clases con una pasión sin igual. Ella desaparece entre el cúmulo de experiencias que muchos otros forjaron y testaron en sendos libros, cuyo conjunto forma parte del acervo patrimonial de la biblioteca José María Lafragua, un acervo que comprende, entre otros tesoros, algunos de los primeros libros impresos en el continente americano. La digitalización de la única copia conocida en el mundo de *Ópera Medicinalia* de Francisco Bravo, impreso americano de 1570 que resguarda la Biblioteca Histórica José María Lafragua, fue motivo de celebración en la Universidad de Texas, Austin (UT Austin) en un artículo de 2016.<sup>3</sup>

Menuda y sonriente, toda de blanco, comparte el espacio de la fotografía con otros estudiantes y con sus profesores, algunos de ellos convertidos hoy día en figuras legendarias de la historia universitaria de Puebla. Esa persona es Susana Franco González, mi madre. Recuerdo entonces que poco antes de morir, ya con signos severos de demencia, le daba por canturrear la palabra bilirrubina.

Pensaba entonces que mi madre recordaba esa canción pegajosa de *me sube la bilirrubina*, hasta que me topé, en sus viejos estantes de libros, junto a la *Química General* de Calvet y al *Tratado de Química Aplicada* de Villavecchia, con su tesis de grado, titulada: “Estudio de la bilirrubina y métodos para su determinación”.



<sup>2</sup> Wolfson, I. (1999). Breve historia de la Facultad de Ciencias Químicas. En *Tiempo Universitario*, 2.6. <https://dga.buap.mx/sites/default/files/Tiempo%20Universitario/1999/num6/index.html>

<sup>3</sup> (2014) Pre-Mod Pre-Med: Typhus, Bloodletting, and Sasparilla, Tex Libris. *The Magazine of the University of Texas Libraries*. Noviembre. <https://texlibris.lib.utexas.edu/2014/11/pre-mod-pre-med-typhus-bloodletting-and-sasparilla/>

Observo los bellísimos grabados que reproduce el artículo y leo sobre su contenido: un tratado completo sobre epidemiología, datos valiosos sobre tratamientos arcaicos, como la sangría, y un catálogo de hierbas medicinales prevalentes en México y Norteamérica. El artículo celebra la digitalización de esta obra por dos razones: la inauguración de la Facultad de Medicina Dell de UT, y el proyecto de Primeros Libros que une a UT con la BUAP: un convenio en torno a la digitalización de los primeros impresos americanos en el que participan Lafragua y la Colección Latinoamericana Nettie Lee Benson, junto con otras importantes bibliotecas del mundo.

Pienso entonces cómo el acervo patrimonial de Lafragua se expande en el ciberespacio, afectando la vida de personas que posiblemente no hayan pisado nunca ese recinto poblano. Deduzco que el acervo patrimonial en la era digital constituye una renovada oportunidad de reconectar viejos y nuevos saberes porque democratiza el conocimiento. Con los convenios existentes entre bibliotecas como la Lafragua y la Benson, se han acortado fronteras e intercambiado ideas, y se ha trabajado de manera conjunta para celebrar descubrimientos inesperados, como el hallazgo de consignar una nueva marca de fuego, huella de origen y pista para rastrear la accidentada circulación de un libro antiguo.

Es cierto que la obra digitalizada ha liquidado el aquí y ahora del original, lo que Walter Benjamin denominó “aura”.<sup>4</sup> Sin embargo, también ha abierto la posibilidad de dar nuevos sentidos a la noción de patrimonio, refundando legados extraviados. Recuerdo a uno de mis estudiantes de licenciatura cuando se topó con el nombre de su bisabuelo, un humilde tabacalero del Uruguay, en un artículo que giraba en torno a las manifestaciones obreras de la industria del tabaco en dicho país, en 1958. Mi estudiante nunca conoció a su bisabuelo y se desenvuelve precariamente en español, pero hallazgos bibliográficos como ese lo han hecho un ferviente custodio del acervo documental del Uruguay.

La Benson y la Lafragua están compenetradas por sus maravillosos proyectos, particularmente aquellos que giran en torno al siglo XVI. Después de todo, parte del acervo colonial de la Benson proviene de uno de los bibliógrafos más importantes de la investigación colonial en México: Joaquín García Icazbalceta.

Sin embargo, lo más preciado de esta colaboración radica en la posibilidad de renovar la vida del libro antiguo en la experiencia singular de sus lectores contemporáneos a ambas orillas del Río Bravo. Quisiera imaginar el encuentro entre una estudiante de nuevo ingreso en la facultad de medicina de UT y la copia digital de *Ópera Medicinalia*. No sólo aprendería sobre los atributos curativos de la *Smilax aspera*, raíz oriunda de México y Norteamérica, sino que sentiría la porosidad de las fronteras espacio-temporales al constatar la historia expansiva de la ciencia y la rica contribución de los impresos mexicanos a dicha historia.

Sin duda, esa estudiante aportará en años venideros su propio granito de arena a la diseminación del conocimiento antes de que su propia historia se pierda, como la de mi madre, en la inmensidad del tiempo.

<sup>4</sup> Benjamin, W.. (2003) *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica*. Itaca.

